

Dios es Relativo

Byron Batz, Ph.D.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Dios es Relativo

Dios es todo lo que la imaginación imagina que Dios es.

Algunas tradiciones hablan de Dios como un ser, una presencia con intención, personalidad y voluntad. Otras hablan de Dios como el Ser mismo, el fundamento de la existencia, el “ser-idad” de la cual surge todo. Algunos imaginan a Dios como energía, el pulso que anima galaxias y respira a través de cada célula viva. Otros ven a Dios como plural, un coro de fuerzas, arquetipos o deidades. Y aún otros insisten en la unidad, una totalidad tan completa que la división es una ilusión.

Y luego existe una posibilidad más inquietante: que Dios no es algo que descubrimos, sino algo que creamos. No necesariamente en el sentido de fabricación o ficción, sino en el sentido de que los seres humanos damos forma a lo inefable. Tallamos metáforas alrededor del misterio. Nombramos aquello que nos sobrecoge. Personificamos lo que tememos, amamos o no podemos comprender. En esta visión, Dios es el lenguaje que usamos para hablar de lo indecible.

Entonces, ¿quién es Dios?

¿Qué es Dios?

¿Dónde está Dios?

Estas preguntas se sientan en la encrucijada de la metafísica, la psicología, la cultura y el anhelo. Son menos enigmas que tenemos que resolver y más espejos que revelan la forma de quienes hacen las preguntas.

Quizás Dios no es un ser sino una relación. No una entidad sino una dirección. No un sustantivo sino un verbo, el acto continuo de creación, emergencia y devenir.

Quizás Dios es la convergencia de todas las preguntas en una singularidad mientras, simultáneamente, esas mismas preguntas se expanden hacia el infinito.

No la solución, no la conclusión, no la palabra final, sino la fuerza que mantiene a la conciencia colapsando, estirándose, alejándose, alcanzando y preguntándose hacia lo interminable. El impulso detrás de la curiosidad. La chispa detrás de cada “por qué”. La inquietud que se niega a permitir que el universo se convierta en nada.

En esta visión, Dios no es quien sabe.

Dios es quien pregunta.

Y nosotros, cada uno individualmente, somos los instrumentos a través de los cuales esa pregunta resuena. Esto se alinea bellamente con la idea de John Archibald Wheeler de un universo que se auto observa: un cosmos que se vuelve real a través del acto de ser percibido, un universo que se mira a sí mismo a través de los ojos de seres conscientes. Wheeler sugería que el universo no es algo estático, sino un bucle participativo, observador y observado co-creando la realidad.

Así que Dios podría ser el universo preguntándose a sí mismo quién o qué es Dios.

Cada perspectiva, cada interpretación, cada análisis, cada tradición espiritual se convierte en un intento más del cosmos por comprender su propia naturaleza. Cada punto de vista humano es un dato en la indagación divina.

A lo largo de los siglos, los seres humanos han intentado responder la pregunta de Dios. No porque la respuesta esté cerca, sino porque la pregunta se niega a dejarnos en paz.

Hemos buscado a Dios en las ciencias naturales, esperando que las leyes de la física susurren el nombre de su legislador. En la Filosofía, donde la razón intenta estirarse hacia lo infinito. En la Religión, donde historias, rituales y símbolos dan forma a lo que no puede ser sostenido. En la Imaginación, que se atreve a imaginar lo que la mente no puede abarcar. En la Psicología, que se pregunta si Dios es una encarnación, una proyección o un reflejo del yo. En la Neurociencia, que rastrea las tormentas eléctricas que acompañan al asombro, la oración y la trascendencia. En la Medicina, que observa la extraña resiliencia del espíritu humano frente al sufrimiento. En los Sueños, donde el inconsciente habla en imágenes más antiguas que el lenguaje.

Y aun así, después de todos estos intentos, la pregunta permanece abierta, quizá deliberadamente.

Cada método revela algo, pero ninguno revela todo. La ciencia nos muestra orden, pero no significado. La filosofía nos muestra lógica, pero no presencia. La religión nos muestra devoción, pero no certeza. La psicología nos muestra proyección, pero no trascendencia. Los sueños nos muestran símbolos, pero no su fuente.

O quizá Dios, si tal realidad existe, se rehúsa a ser reducido a un solo lente. Y así quedamos con una profunda ambigüedad. O somos nosotros quienes creamos a Dios, moldeando lo divino a nuestra imagen para calmar nuestros miedos, explicar nuestro mundo y dar sentido a nuestras vidas. O Dios es quien nos creó, y nuestros intentos

interminables por comprender lo divino son como una sola célula de la piel intentando comprender el cuerpo humano.

O quizá la posibilidad más misteriosa: ambas cosas son ciertas. Que al buscar a Dios, damos forma a Dios, y al dar forma a Dios, somos moldeados de vuelta.

He llegado a creer que cada uno de nosotros lleva un fragmento de la respuesta, pero ningún fragmento es jamás completo. Cada comprensión es parcial, cada intuición está angulada. Lo que llamamos Dios no es un punto fijo sino una vastedad, moldeada, coloreada y refractada por los lentes a través de los cuales miramos. Dios se vuelve relativo no porque lo divino es pequeño, sino porque nuestros puntos de vista lo son.

Dios es la totalidad de todos nuestros intentos de nombrar lo innombrable, la suma de cada ángulo desde el cual la conciencia ha intentado ver lo infinito. Lo que percibimos depende del tinte de nuestros lentes, nuestras historias, nuestras heridas, nuestras culturas, nuestros miedos, nuestras curiosidades, nuestras dudas.

Este es el corazón de lo que exploro en mi ensayo *Un Color Infinito*: la idea de que lo que vemos no es un solo matiz, sino un espectro tan amplio que ninguna mente puede abarcarlo por completo. Cada uno de nosotros vislumbra a través de muchos lentes que crean un prisma único, incluso hermoso, pero inmensamente incompleto, y confundimos esa vista limitada con el todo.

El problema que enfrentamos como especie humana no es que la gente busque a Dios, sino que tantos afirman haberlo encontrado, plena, definitiva y exclusivamente. Quienes están convencidos de que “conocen a Dios” suelen aferrarse a un solo lente heredado, generalmente religioso, y confunden esa estrecha abertura con todo el horizonte. El problema surge cuando una pequeña parte del espectro declara ser la luz entera.

Hay algo casi tragicómico en esto. Muchos de nosotros luchamos por entender nuestras propias vidas interiores, y mucho menos los corazones de quienes más amamos. Sin embargo, hablamos con absoluta certeza sobre la presencia más misteriosa del universo, como si lo infinito pudiera capturarse con el vocabulario de una sola tradición o la cosmovisión de una sola época.

En la mayoría de los casos, mientras menos lentes, mayor la confianza. Mientras más limitada la perspectiva, más absolutas las afirmaciones. Es como pararse frente a un vasto océano resplandeciente e insistir en que el vaso de agua en la mano es su totalidad.

Dios no se esconde. Lo divino no es una presencia esquiva escondida detrás de nubes, escrituras o rituales. Mira en cualquier dirección: al cielo, a los ojos de un desconocido, a la aflicción de tu propio corazón, a una sonrisa, a una flor, incluso al dolor y sufrimiento, y Dios ya está allí. En este punto, me encuentro alineado con la religión: la omnipresencia puede que no sea doctrina ni hecho probado, pero sigue siendo una verdad observable. Tal vez esa observación es subjetiva, ilusoria e incluso esperanzada, pero está disponible a cualquiera que esté dispuesto a ver.

Pero donde la religión a menudo se detiene en la presencia, yo voy más lejos. Si Dios está en todas partes, entonces Dios es todo. No solo los momentos que celebramos, sino los que evitamos. Dios es la alegría y la tristeza, el calor de una sonrisa y la sal de una lágrima. Dios es el temblor antes del nacimiento y la quietud después de la muerte. Dios es la herida y la sanación, el hambre y la saciedad, la ruptura y la reparación.

Negar esto es tallar lo divino en pedazos, conservar solo las partes que halagan nuestras esperanzas y descartar el resto. Pero un ser infinito no puede ser curado selectivamente. Si Dios es verdaderamente omnipresente, entonces Dios está presente en todo el espectro de la experiencia humana, luz y sombra, ascenso y descenso, creación y colapso.

Pero esto nos obliga a enfrentar una verdad difícil: que Dios, tal como lo imaginan los seres humanos, se convierte en la esencia destilada de nuestro propio espectro emocional. La mayor bondad y el egoísmo más profundo. El corazón más generoso y la avaricia más voraz. La capacidad para el amor sin límites y el impulso hacia el odio que consume. El bien más puro y el mal más puro.

En esta visión, la divinidad no es un ser separado de nosotros, sino un espejo sostenido ante los extremos de lo que podemos sentir y llegar a ser.

Encontrarse con Dios no es escapar del sufrimiento, sino reconocer que incluso el sufrimiento pertenece al mismo tapiz vasto. Lo divino no es lo opuesto al dolor, es el contexto en el que el dolor adquiere significado. Ver a Dios solo en los colores brillantes es perder la profundidad, el contraste, la totalidad. Lo infinito incluye cada color y cada matiz.

Si Dios está en todas partes y simultáneamente es todo, entonces surge naturalmente la pregunta: ¿qué se supone que debemos hacer con un Dios así? Y la respuesta más honesta puede ser la más simple.

Nada.

No en el sentido de descuido, sino en el sentido de liberación.

No necesitamos gestionar a Dios, servir a Dios, defender a Dios, interpretar a Dios ni contorsionarnos para encajar en la idea de Dios de otra persona. Mas bien, la invitación es a vivir, plenamente, atentamente, valientemente. A experimentar el mundo con los sentidos desencadenados y el corazón abierto. A dejar que nuestra existencia sea una forma de participación en lo divino en lugar de una explicación de ello.

Si Dios es la totalidad, entonces nuestra tarea no es adorar a través del miedo o la obediencia, sino a través de la presencia. Conectarnos con el universo de una manera que deje una onda duradera cuando ya no estemos en este mundo. Conectarnos entre nosotros de una manera que aumente la cantidad neta de luz en lugar de sombra. Dar forma a nuestro breve momento de conciencia en algo que añada, aunque sea ligeramente, a la armonía del todo.

Y quizá lo más radical: se nos invita a ofrecer algo de vuelta, a darle a Dios nuestra perspectiva. Nuestras alegrías, nuestras decepciones, nuestras preguntas, nuestro asombro. Si Dios es lo infinito experimentándose a sí mismo a través de formas finitas, entonces cada encuentro honesto que tenemos con la vida se convierte en un tipo de bucle de retroalimentación, una conversación con el cosmos.

Así que la vida no es una prueba sino un diálogo.

No una peregrinación hacia una deidad distante, sino un intercambio con la propia trama del ser. No una búsqueda para encontrar a Dios, sino una oportunidad para expresar lo que se siente ser un fragmento consciente de lo infinito.

Dios no exige nuestra sumisión, nuestra adoración, nuestros rituales, nuestra devoción, nuestra penitencia.

Solo nuestra sinceridad.

Quizá Dios, simplemente, esté genuinamente interesado en lo que tú ves, en tu ángulo, tu interpretación, tu encuentro vivido con el misterio. Por lo tanto, nuestra opinión no es blasfemia sino contribución. Es un color más añadido al espectro de la eternidad.

Y si realmente quisieras “impresionar” a Dios, si es que tal cosa es posible, no sería mediante la obediencia o la conformidad. Esas son previsibles. Son fáciles de anticipar.

Son anticuadas y aburridas. Un ser infinito ha visto cada ritual, ha escuchado cada oración, ha memorizado cada repetición de creencias heredadas.

Lo que Dios no puede predecir, al menos no en el sentido humano, es el momento en que sales del guion. El momento en que actúas desde la libertad genuina en lugar del miedo. El momento en que creas algo nuevo en lugar de reciclar lo que te fue entregado. El momento en que eliges la compasión cuando el resentimiento sería más fácil.

El momento en que te sorprendes incluso a ti mismo.

Si Dios es lo infinito experimentándose a sí mismo a través de seres finitos, entonces lo único que destaca es lo inesperado. No la rebeldía por sí misma, sino la originalidad. La autenticidad. Un gesto que surge de la parte más profunda de tu ser y no de las expectativas de tu cultura o tradición.

A la luz de esto, “impresionar” a Dios es simplemente estar plenamente vivo, pensar tus propios pensamientos, sentir tus propios sentimientos, ver el mundo a través de tu prisma irrepetible y ofrecer esa perspectiva de vuelta al universo como algo que nunca antes había visto.

Quizá eso es lo único que los seres vivos están aquí para hacer. No para resolver el universo. No para descifrar a Dios. No para pasar una prueba o ganar una recompensa. Sino simplemente para vivir, para habitar una porción de existencia para que lo infinito pueda verse a sí mismo desde un ángulo más.

Y al final, ya es que ese “final” sea literal o metafórico, ofrecemos algo de vuelta.

Nuestra opinión.

Nuestro punto de vista.

Nuestro informe desde línea personal de estar vivos.

No es un juicio ni una confesión. No es una tarjeta de puntuación. Es simplemente una perspectiva que solo tú podrías haber producido. Esto hace que la existencia se sienta menos como un juicio y más como una colaboración, una conversación con la propia trama de la realidad.

Si Dios es la pregunta, entonces nosotros somos las respuestas en proceso.

Si Dios es la curiosidad, entonces nosotros somos las observaciones.

Si Dios es el infinito preguntando: “¿Qué soy?”, entonces cada vida es un intento más de responder.

Quizá no haya respuesta incorrecta.

Si Dios es la pregunta, la curiosidad, la indagación en despliegue, entonces cada respuesta se convierte en parte de la exploración. Incluso la respuesta que niega la existencia de Dios. Incluso el silencio. Incluso la negativa a participar en el juego metafísico.

La respuesta del ateo, “No hay Dios”, no es una contradicción; es un punto de datos. Una perspectiva. Un ángulo legítimo. Una contribución. Un color en el espectro. De hecho, el ateo puede ofrecer algo singularmente valioso: una visión del universo despojada de suposiciones, despojada de metáforas heredadas, despojada de la necesidad de un narrador divino. Esa perspectiva es tan esencial como la visión del místico o la devoción del creyente. Revela cómo se ve el cosmos cuando la conciencia se sostiene completamente sobre sus propios pies.

Seguramente, Dios puede absorber la contradicción sin quebrarse.

El sí del creyente y el no del ateo son ambos reflejos del mismo misterio. Ambos son honestos. Ambos son necesarios. Ambos expanden la conversación.

En este modelo, la única respuesta verdaderamente “incorrecta” es la que nunca se ofrece, la vida vivida sin reflexión, sin curiosidad, sin atreverse a devolver su ángulo singular al universo. Como nos recuerda Sócrates, “la vida no examinada no merece ser vivida”, no como un regaño, sino como una invitación a participar en la conversación continua de la existencia.

Solo existe tu respuesta, tu ángulo, tu color, tu ofrenda al espectro. Y cualquiera sea su forma, científica, filosófica o religiosa, permanece inacabada, incompleta. Un fragmento de una verdad demasiado vasta para que una sola explicación pueda contenerla.

Esto, puedo decir con confianza reservada: Dios no quiere réplicas.

Dios quiere revelaciones.

Y cada uno de nosotros lleva una.